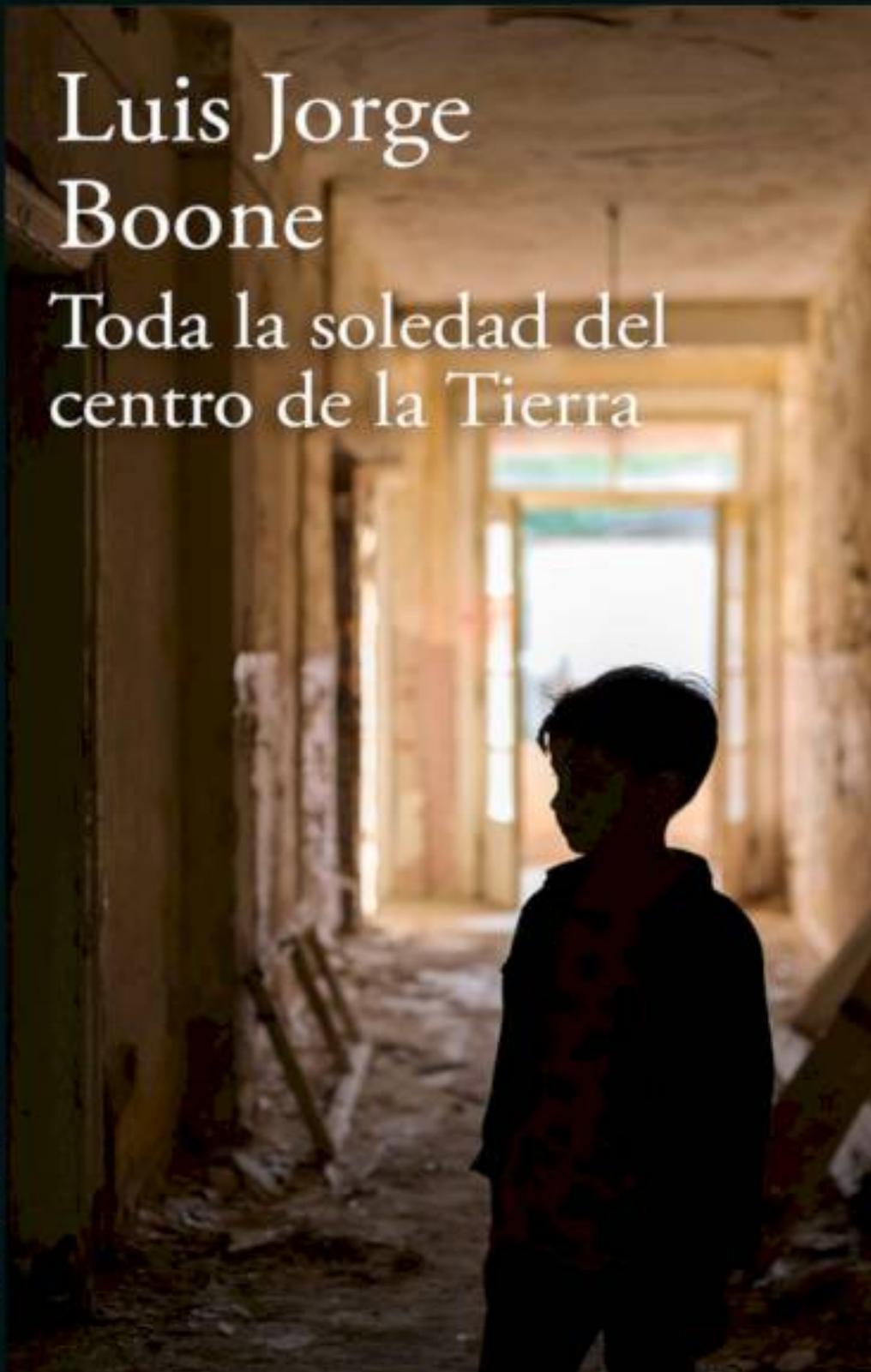


Luis Jorge
Boone

Toda la soledad del
centro de la Tierra



Luis Jorge
Boone

Toda la soledad
del centro de la Tierra

ALFAGUARA




para Eduardo Antonio Parra

La muerte da miedo, pero la vida mezclada, imbuida en la muerte, da un horror que tiene muy poco que ver con la muerte y con la vida.

INÉS ARREDONDO

La población estaba cerrada con odio y con piedras.

JOSÉ REVUELTAS

Ándale.
Salte.
Ve a jugar.
Tú y los demás.
Todos.
Dejen de estar chingando un rato.
Un ratito nomás.
Pero
Por lo que más quieras
Me decía
No te desaparezcas.
Nos decía.
A todos.
No se me desaparezcan.
Por lo que más quieran.
No te desaparezcas, mijo. No se desaparezcan, hijos.
Hijos de la chingada.
Porque eso son.
Unos hijos de la chingada todos.
Pero no se me desaparezcan.
No te escondas tan bien.
No se escondan tan bien.
Porque después nadie los va a encontrar nunca.
Y antes de ir a hacer lo que te están diciendo que no hagas, piénsalo: nadie, nunca.
Era lo que más me sacaba emociones del cuerpo.
Quería esconderme tan bien que nunca nadie me pudiera encontrar. Y ahí era donde la abuela decía que había que tener cuidado.

Aguas, decía Güela Librada.

Me acuerdo que eran muchas mis ganas de lograrlo. Pero si lo hago, también pensaba en ese entonces, si me alejo tanto, si me hundo dentro de las cosas, si me pongo detrás de tantos muros y atravieso todos los baldíos, nadie va a saber nunca dónde estoy.

Cuando nos quiere cuidar, a sus nietos que jugamos en el solar detrás de la casa, la voz de la abuela se escucha amenazante. Grita advertencias cuando pasamos en bola y corremos a escondernos detrás de los nogales de hasta el fondo, allá donde el patio se vuelve oscuro, tantito antes de la cerca de estacas y el alambre de púas que puede uno brincarse fácil.

Más allá está el patio de los vecinos. Después una casa que ha estado vacía desde antes de que yo naciera. Luego la calle de tierra que conduce al despoblado. Unos kilómetros adelante está la carretera. Y ahí empieza el desierto.

Ahí estaba yo. Caminando hacia el norte. La puesta de sol me quedaba a la izquierda. Los camiones, los autobuses, los tráiler pasaban hechos la madre a la derecha. Iban y venían. Hechos la raya para llegar, hacer sus cosas y regresar. Dibujaban figuras, en ambos sentidos, en el aire que pronto se olvidaba de ellos. Podía haberme pasado al lado contrario y pedirle rai a la gente que iba por el otro carril. No me atreví. Para qué. Estaba seguro de que lo mejor era caminar. Andar despacio, casi sin darme cuenta, avanzar y ya, sin querer llegar más pronto nomás porque se podía. Pensaba seguir así hasta la noche, cuando ya no fuera posible ver en la oscuridad. Ya después pensaría en qué más hacer.

Me quedaban unas horas de luz. El sol estaba indeciso entre irse o quedarse. Se asomaba entre las copas de los

árboles, unos más altos y otros menos. Imaginaba que eran los dientes de una boca. Una que se abría de un lado al otro del cielo. El mundo era su bostezo largo largo, tan largo que nunca se alcanzaba a cerrar.

El sol flotaba entre los dientes disperejos de las ramas más altas, de las montañas a lo lejos. Como si el cielo nos sacara la lengua a todos. Una lengua de fuego. Una cara que se burla. Ya me fui. Siempre no. Lero lero. Lo miraba por encima de los árboles disperejos. Crecían como dios les daba a entender. Los árboles que rodeaban el camino eran manos con dedos muy largos que se alzaban por el aire, se dispersaban y perdían una forma que apenas iban encontrando.

¿Y las nubes?, ¿qué hacen las nubes en la boca del cielo?

Se hizo de noche y el cielo dejó de sacarme la lengua. El sol es esa lengua que no deja que nadie la vea de frente. Se burla porque te hace bajar la cabeza. Cuando la tarde se cierra, de la luz sólo queda una cinta que se aprieta cada vez más contra el horizonte, ilumina las montañas desde el otro lado del mundo. La oscuridad también es una burla que nos hace el sol, la última del día, porque sin él no podemos ver nada.

*Venían,
agarraban a unos
y a otros,
los trepaban
y nadie los volvía a ver.*

Yo era el mejor para jugar a las escondidas. Una vez me crucé por debajo de la cerca y me metí en la casa de atrás. Atravesé los cuartos que todavía guardaban algunos muebles. Una mecedora muy vieja de madera; un sillón despanzurrado con los resortes de fuera; una mesa que nomás con tres patas no se le veía el modo de caerse. Todo estaba cubierto por una piel de polvo que los hacía parecer quebradizos, igual que las imágenes antiguas de los cuadros arrugados, quebrados en mil papelitos, que adornaban las paredes de la casa de Güela Librada.

Toqué una cortina que aún intentaba cubrir una ventana con el vidrio muy sucio y la tela se rompió. Parecía una telaraña.

Subí las escaleras con cuidado, no me fuera a caer por uno de los escalones que faltaban. Me quedé quieto detrás de un ropero que encontré en una de las recámaras.

Oí las voces de mis primos que se acercaban y tuve miedo de que me encontraran, de no ganar, de no ser el último al que encontraran. Es que eso era yo. El que se podía volver invisible. Cuando mis primos perdían, a veces me lo reconocían, algunos haciendo coraje, otros deveras admirados de mi superpoder. Me sentía superhéroe.

Unos vuelan, pensaba, otros destruyen una ciudad entera con un solo golpe. Yo desaparezco. A mí nadie me encuentra.

Apenas oí que las voces se acercaban, me metí al ropero.

La puerta rechinó. Hizo el ruido de los viejitos a los que les duelen los huesos al caminar. Cuando Güela Librada se

levanta de la cama muy temprano después de una noche de sueño, es como si las bisagras se le fueran a quedar a media maniobra. Hasta ahí doy, hijas, les dice a mi mamá y a mis tías cuando tratan de ayudarla, que ya no me responden ni las puertas ni los cajones.

Era más pequeño por dentro de lo que parecía por fuera. ¿Así serán todas las cosas que asustan?, me acuerdo que pensé. ¿Será por eso que asustan, porque nos hacen creer que son lo que no son?

Me metí, me senté como pude. Cerré.

Al principio me costaba respirar. El aire estaba sucio, olía a viejo, el polvo me picaba. Luego ya no tanto. Tal vez el polvo se asentaba más rápido cuando no había la luz. En los ojos se me fue apagando ese recuerdo delgadito de los últimos colores que ves antes de entrar a lo oscuro. Cuando se me agotó la luz detrás de los ojos empecé a sentirme nervioso. Para no olvidar dónde estaba, pegaba mis manos a las paredes del ropero. Temía imaginar que caía por un pozo oscuro, o que estaba dentro de un solar tan tupido que los árboles no dejaban distinguir el cielo. Tengo mucha imaginación. Y mucho de cualquier cosa hace daño. O eso dice la gente.

Pasaba las manos por la rugosidad de la madera para recordar que detrás de ella seguía siendo de día, aunque yo no pudiera verlo. Aguanta, es por una buena causa, repetía dentro de mi cabeza.

Dejé de escuchar las voces. Me di cuenta de que tenía pegados los hombros al cuello, y que me dolían. Traté de dejar de apretar los músculos de las extremidades, de relajarme. Me llené de aire el pecho, varias veces, hasta que me sentí mareado.

Los nudos del cuerpo no se me soltaban.

Recargué la cabeza. La pared era dura e incómoda, pero era lo que había.

Después de un rato me quedé dormido.

*De tanto que llegaban las camionetas
no iba a quedar nadie en el pueblo.
Eso llegamos a pensar.
Por vida de dios.
Creímos que no quedaría nadie vivo para contar lo
que pasó
esa semana
en la que el caserío se fue quedando solo
y solo
y solo
y
cada vez
más solo.*

Ese día impuse récord. Un día completo escondido en el ropero. De tan cansado que estaba dormí varias horas. Salí cuando el juego hacía mucho que se había terminado. Todos siguieron buscándome otro rato más, pero ahora iba en serio. Gritaron mi nombre, le avisaron a Güela Librada, a mis tías. Todos prometieron que me iba a ir de la fregada cuando apareciera. Pero pedían que apareciera. Nomás no me hallaban.

La verdad es que no me la pasé tan mal ahí dentro. Después de un buen rato empecé a sentirme seguro. Ahí dentro era el dueño de mi propio mundo, chiquito y secreto. Podía quedarme para siempre si me daba la gana. Nada iba a poder lastimarme nunca si decidía no salir nunca.

Primero me buscaron debajo de las camas. Alguien se subió al techo y revisó los tanques de agua. Se asomaron detrás de cada árbol, rodearon cada esquina.

A la primera que vi cuando entré a la sala fue a Güela Librada, y supe que así de gacho me iba a ir. Estaban mis tías reunidas, todas con la misma cara de preocupación, haciendo como que tomaban café, pero en realidad nada más dejaban que se les enfriaran las tazas en las manos. La mera mera de la casa me gritó que ya ni la chingaba, que ella se había pasado toda la tarde como pendeja, de casa en casa, preguntando a los vecinos, cruzando la calle, de un lado a otro, poniendo cara de tarada, sintiéndose ridícula, recibiendo la misma respuesta: "No, Libradita, no hemos visto al Chaparro desde ayer", "si lo veo le digo que lo anda usted buscando", "estos güercos cabrones que se salen", o "gracias a dios desde antier", y jajaja, risas falsas de ella,

gracias, y risas de a deveras de ellos, y a esperar que se le bajaran los colores de la cara para tocar en la puerta de enseguida, y mejor hasta ahí, porque aunque los nietos podíamos andar jugando por todo el pueblo, a últimas nada más nos dejaban jugar de la casa hasta la tienda de don Seras, donde podíamos, si traíamos con qué, comprar un refresco, unas papas, y regrésate, pero sin correr, no hay prisa, porque en cuanto llegues a la casa, de puras pedidas de los que no traían para comprar te ibas a quedar mirando.

Todavía se había asomado a las canchas de la escuela, al edificio de cemento donde nos daban clases a todos, y que quedaba en dirección contraria a la tiendita. Y nada.

Qué te crees, me gritó más fuerte.

Quería ganar.

Se me quedó viendo, con la mano alzada, abierta, apretados los dedos, lista para dar el primer guamazo.

Es que siempre gano. Ésa la tenía que ganar.

Me cruzó la cara. Una cachetada bien puesta, de las que arden. Y aunque pensé que debía ser yo el que lo hiciera, fue ella la que se echó a llorar.

Pues ganaste, dijo Güela Librada.

Ni tenía que decírmelo. Había ganado el castigo. Me mandaron a mi cuarto sin cenar. O sea al cuarto en el que duermo con otros cuatro de la primada.

De camino, vi la admiración que les abría los ojos a mis primos.

Sí. Esa vez gané. Por chingos.

*Los que nos quedábamos, nos encerrábamos,
nos callábamos, nos quedábamos quietos, apretá-
bamos los ojos porque no nos parecía suficiente ce-
rrarlos.*

*Queríamos que se nos perdieran dentro de la cabe-
za.*

*Dejábamos de pensar, guardábamos silencio, de ese
que luego parece que dice muchas más cosas
que las palabras.*

*No podíamos hacer nada. ¿Como qué? ¿Y como pa-
ra qué?*

Ahora podemos contar lo de las camionetas.

Llegaban con las cajas vacías.

*Unos dos o tres hombres arrecholados en las cabi-
nas, armados como para la guerra,
empistolados como para echarse a quién, a tantos y
por qué.*

Salían del pueblo con los muebles cargados.

En las cajas llevaban a nuestra gente.

Se iban,

cargados con nuestro desconcierto y nuestro miedo.